

Escuela de Estudios Militares Avanzados: Una casualidad de la historia

General de Brigada (Retirado) Huba Wass de Czege, Ejército de EUA

YA HAN PASADO más de 25 años desde que se fundó la Escuela de Estudios Militares Avanzados (EEMA). Algunos pueden pensar que es increíble que sea tan nueva, pero lo más increíble es, en retrospectiva, que en realidad tengamos una EEMA. Sin duda alguna no fue un acontecimiento inevitable. Volver a analizar por qué se estableció la EEMA es una manera adecuada de destacar el vigésimo quinto aniversario de la Escuela. ¿Cuál era el objetivo?, ¿cómo se formaron las ideas claves que dan a la EEMA su carácter distintivo?, ¿cuáles fueron los principales obstáculos que existieron? y ¿qué circunstancias son indispensables para que perdure otro cuarto de siglo? son temas que merecen una consideración profesional.

La necesidad de Estudios Militares Avanzados

El programa de estudios de la EEMA debe sus comienzos a dos epifanías en la cúpula del Ejército:

La comprensión de que el arte militar de ese entonces era intelectualmente más exigente de lo que estábamos preparados para aceptar.

El reconocimiento de la necesidad de mostrar humildad y reconocer que los oficiales necesitaban educarse mejor de lo que estaban en esa época.

Este despertar ocurrió cuando el Ejército llevaba a cabo una evaluación de sus doctrinas centrales. En 1978 el General Bernard W. Rogers, en ese entonces Jefe del Estado Mayor del Ejército, había puesto en duda el sistema entero de educación de oficiales y lanzado un análisis de arriba a abajo llamado “Revisión de la Educación y Adiestramiento de Oficiales” (*RETO*). El Ejército también examinaba el rendimiento de

sus fuerzas en Vietnam con miras al presente y al futuro previsible. Participé en ambas iniciativas y era uno de los oficiales más jóvenes del grupo de estudio *RETO*—poco después de mi graduación de la Escuela de Comando y Estado Mayor (ECEM). Ya para 1980, me encontraba en medio de los esfuerzos para revisar cómo el Ejército debería considerar entablar guerra con la Unión Soviética.

Este fue el segundo intento de hacer una actualización pos-Vietnam del Manual de Campaña (*Field Manual - FM*) 100-5, *Operations* (Operaciones, lo que ahora es el FM 3-0). Había estudiado arduamente en la ECEM y luego servido con éxito en calidad de segundo jefe de batallón, jefe de operaciones (S-3) de brigada, subjefe G-3 a nivel de división y comandante de batallón, y aún me sentía incompetente para llevar a cabo la tarea. Observé que otros a mi alrededor, hasta oficiales superiores egresados de la Escuela Superior de Guerra del Ejército, no estaban mejor preparados para pensar de forma crítica y creativa sobre el arte militar. Habíamos aprendido la doctrina militar de esa época, pero no cómo útilmente juzgarla, cuestionarla, y revisarla. Los oficiales del Ejército (tanto los egresados de la ECEM como los de la Escuela Superior de Guerra) tenían un breve recuerdo histórico de la evolución de los métodos militares, por lo tanto, estaban estancados en el presente y, por consiguiente, incapaces de prever cambios. Algunos de nosotros podíamos citar a Sun Tzu y Clausewitz, pero en realidad no los entendíamos.

El Teniente General William Richardson, entonces comandante de la ECEM, manifestó su frustración. En el otoño de 1980, ordenó que los directores de la ECEM encontraran maneras

El General de la Brigada (retirado) Huba Wass de Czege, Ejército de EUA, fue uno de los principales creadores del concepto de Batalla Aeroterrestre del Ejército, fundador y primer

director de la Escuela de Estudios Militares Avanzados, Fuerte Leavenworth, Kansas. Recibió su licenciatura de la Academia Militar de EUA y una Maestría de la Universidad de Harvard.



Aristóteles y su aprendiz, Alejandro

de “mejorar el juicio táctico” de los egresados de la ECEM. Ofrecieron varias soluciones. Sus sugerencias para mejorarlo eran útiles pero completamente inadecuadas para cerrar la brecha entre lo que era y lo que tenía que ser. El General Richardson había abordado el problema correctamente, pero el Ejército necesitaba un verdadero cambio de paradigma para resolverlo.

El comité de directores de la ECEM del General Richardson no había estado receptivo a mis ideas sobre cambios necesarios en el programa de estudios. En mi opinión, estaban haciendo ajustes dentro del marco convencional, pero necesitaban salirse del mismo. Elaboré planes detallados para crear un currículum y diseñar una escuela concebida para satisfacer las necesidades, pero no difundí mis ideas y esperé hasta que se me presentara la oportunidad para exponérselas en privado

al General Richardson. En vista de que había trabajado estrechamente con él en la formulación de la doctrina del Ejército que finalmente llegó a ser denominada “Batalla Aeroterrestre”, sabía que me daría una oportunidad para ofrecer mis opiniones. A finales de la primavera de 1981, el General Richardson me invitó a acompañarlo en un viaje de 21 días a China a fin de visitar instituciones educativas para oficiales militares, tanto los de preparación de oficiales aspirantes como los de oficiales generales. Este viaje resultó ser una ocasión histórica, el primer intercambio pacífico entre los militares del Ejército Popular de Liberación de China Roja y militares estadounidenses. En el viaje sobre el Río Yangtsé, un breve descanso entre las visitas a las escuelas, finalmente tuve la oportunidad de presentarle mis ideas. Sugerí que el Ejército necesitaba seleccionar a un grupo pequeño

de cada curso de la ECEM e ingresarlos a un programa de educación postgrado de diez meses sobre cómo pensar en el arte militar.

Intenciones iniciales

La solicitud anterior del General Richardson para una evaluación de la ECEM y la subsiguiente determinación sobre la necesidad de educación militar avanzada sugirió un curso de instrucción que abarcara:

- La lógica subyacente de la doctrina militar.
- Cómo juzgar la doctrina de forma crítica.
- Cómo pensar de forma creativa sobre la doctrina y el arte militar.

La EEMA *no fue* concebida como un curso de adoctrinamiento para especialistas de planificación. Más bien, fue creada como un curso para generalistas que conducirían al Ejército en todos los sentidos, especialmente de manera intelectual. La intención *no fue* un curso de estado mayor a nivel operacional, sino educar a ciertos oficiales seleccionados sobre los principios perdurables que son aplicables en todo nivel de conflicto. Una subyacente suposición fue que, antes del curso, los estudiantes estarían bien adoctrinados por la ECEM en métodos de operaciones corrientes en todo nivel. De esta manera la EEMA proponía



Carl von Clausewitz (1780-1831)

La jornada de aprendizaje trataría no solo el conflicto entre los estados, sino también con los insurgentes.

enseñar la lógica tras la doctrina actual, cómo había evolucionado y cómo evolucionaría aún más, en la medida que cambiaran las misiones, la tecnología y otras condiciones.

Cuando el General Richardson pidió al cuerpo docente de la ECEM que mejorara el juicio táctico, pensé que quería decir la táctica y el arte operacional. De hecho, la evolución de los métodos tácticos se encontraba en el foco de la transformación pos-Vietnamita. Pudimos ver rápidos cambios tecnológicos futuros, y creíamos que el Ejército necesitaba un núcleo de oficiales que pudiera modificar los métodos tácticos tan rápidamente como fuera permitido por la tecnología. Unos años después de que la EEMA fuera concebida, el curso se cambió para destacar el “nivel operacional” del arte militar.

En mi opinión, ésta fue una decisión lamentable. El Ejército hubiera podido adaptarse a la “era digital” mucho más rápidamente si se hubiera mantenido el enfoque teórico más amplio del curso anterior. Como institución, podría haberse dado cuenta de qué debían hacer los pelotones, compañías y batallones en el terreno para llevar la paz a un pueblo traumatizado—la lógica simple pero obvia de “despejar, ocupar y construir” que finalmente se desarrolló en Irak.

Considero que la razón por la que nos distanciamos de las tácticas fue que algunos oficiales superiores no entendieron la diferencia que existía entre el adoctrinamiento y la educación de inmersión. Sin embargo, existía una necesidad reconocida de abordar operaciones desde el nivel de división hacia arriba. El Ejército no había pensado en términos de maniobras de gran escala desde la Segunda Guerra Mundial, y el cambio más grande en la doctrina introducida en 1982 se centraba en maniobras a nivel de división y cuerpo. Aunque la ECEM hizo que los estudiantes pasaran por ejercicios de planificación para operaciones a ese nivel, los oficiales superiores del Ejército en 1982 habían sido oficiales subalternos durante los breves periodos de maniobras en la Guerra de Corea. Por lo tanto, no había oficiales en ninguna parte del Ejército con experiencia (real, simulada o virtual) en planificación o ejecución de operaciones de maniobras extensas a gran escala. La mayoría de los ejercicios de campaña

desde el nivel de división hacia arriba en los 70 y a principio de los 80 consistía en algunos días de maniobras a nivel de batallón y brigada concluyendo con el “uso de armas nucleares.”

Otro ímpetu para incluir el adiestramiento de maniobra a nivel de división y cuerpo de ejército fue el resultado de la reconsideración doctrinal del momento. Nos dimos cuenta de que, debido al empate nuclear estratégico de la “destrucción mutua asegurada”, y de los costes políticos de ser los primeros en usar armas nucleares, las autoridades políticas hasta podrían esperar ver una derrota inevitable y si lo inevitable se prolongaba lo suficiente, la diplomacia podría inmovilizar nuevamente la acción. Esto creó una iniciativa para ganar las primeras y sucesivas batallas, causando, de este modo, que los ataques convencionales fracasaran y que la voluntad ofensiva de los soviéticos se desmoronara. En alguna parte, de alguna manera, los oficiales necesitaban poder concebir operaciones extensas en esos niveles. En 1981 no había ningún plan de estudios del Ejército o de las Fuerzas Conjuntas que enseñara el arte militar de hacer una campaña lo suficientemente

profunda. Ya para el otoño de 1985, fui asignado al mando de brigada en el Fuerte Leavenworth, Kansas. Durante mi asignación gradué dos clases quienes estaban capacitados para hacerlo. Casi la mitad de estos estudiantes estuvieron al mando de brigadas y, aproximadamente, un tercio ascendió al grado de general.

Moldeando el carácter distintivo de la EEMA

La conversación con el General Richardson mientras estábamos en China no duró más de una hora. Durante ese tiempo se formaron las ideas claves que dieron a la EEMA su carácter distintivo, el cual ha perdurado hasta hoy en día. La enseñanza en la escuela sería una “jornada de aprendizaje,” desde el nivel de compañía hasta el de fuerza de tarea conjunta. Este concepto se originó de una creencia compartida de que las “artes operacionales” sólidas se basan en un entendimiento fundamental de tácticas dinámicas—un entendimiento teórico de cómo las armas combinadas logran los objetivos. La jornada de aprendizaje trataría no solamente



La muerte de Sócrates (Jacques-Louis David, 1787)

el conflicto entre los estados, sino también con los insurgentes. La materia abarcada sería *integrada* por un cuerpo docente de “modelo de conducta” con más profesores que alumnos. La escuela contaría con tres métodos básicos de aprendizaje, a saber: seminarios de método Socrático sobre casos históricos y teoría militar aplicable; estudios de casos modernos proyectados, planificados y ejecutados usando simulaciones apropiadas y ayuda técnica perita; y la participación de personal de planificación a nivel de división y cuerpo de ejército en ejercicios realistas en Europa y Corea.

Al final de nuestra conversación, el general había decidido que el siguiente año se iba a dedicar a la preparación del terreno para la escuela. Le iban a dar una nueva designación como Subjefe de Estado del Ejército para Operaciones bajo el mando de su compañero de clase en West Point, General Edward C. “Shy” Meyer, algo que reveló durante la conversación. El General Richardson trabajaría para establecer la escuela desde el Pentágono y yo pasaría el siguiente año, no en Carlisle estudiando el programa de estudios de la Escuelas Superior de Guerra, según el plan del Ejército, sino en un programa de estudio propio, centrado en la investigación y diseño de una escuela para los estudios militares avanzados. Tenía que elaborar un plan de estudio y tomar los pasos necesarios para implementarlo en el Fuerte Leavenworth. Bajo un programa llamado “Programa de Licenciatura de Investigación del Ejército” iba a recibir, simultáneamente, mi título de la Escuela Superior de Guerra y visitar al General Richardson mensualmente para reportar mi progreso.

Obstáculos claves

Al principio, había cuatro obstáculos claves. El primero fue demostrar los beneficios de hacer que la fuente de talentosos miembros del Ejército, a mitad de sus carreras, invirtieran su tiempo en la “escuela” en lugar de en la “campana”. El razonamiento concordado fue que un grupo de estudiantes podría graduarse por el precio de un tanque *Abrams* M-1 y que el conocimiento adquirido y aplicado en combate recuperaría con creces la inversión. Es más, el tiempo en la escuela no significaría un tiempo

perdido en las tareas operacionales. Implicaría el uso de tiempo fuera de las tareas operacionales. Los estudiantes podrían obtener experiencia operacional y un año más de clases. Alegámos, además, que sus mayores éxitos los conducirían en realidad a carreras más largas como mínimo. Considero que este argumento sigue siendo válido dado el éxito obtenido por los egresados de la escuela.

Otro obstáculo que teníamos que vencer fue la sensibilidad del Ejército hacia la creación de

En el mismo sentido, la EEMA debe dedicar una parte significativa de la jornada de aprendizaje a las operaciones “convencionales” en gran escala contra los estados, ya que tales conflictos podrán aparecer en una forma contemporánea.

la trayectoria de “estado mayor general” o de la “élite” para obtener las estrellas de general. Se creía, por ejemplo, que lo importante para avanzar no era la educación militar, sino el resultado de la selección. Eludimos esta cuestión al no usar un procedimiento de selección directiva e instar a que los estudiantes “se auto-seleccionaran” candidatos mientras estuvieran en la ECEM y hacer que el cuerpo docente seleccionara a los candidatos con base en su idoneidad.

El tercer obstáculo fue la elaboración de un plan de estudios basado en estudio de casos y encontrar, en menos de un año, el personal idóneo para servir de cuerpo docente. La primera parte se superó con trabajo diligente, dedicación y los talentos de los Tenientes Coronales Hal Winton y Doug Johnson, ambos con doctorados en Historia de universidades prestigiosas. Ya pertenecían al cuerpo docente en el Fuerte Leavenworth y formaron parte del equipo de desarrollo. Fue

sumamente difícil encontrar profesores idóneos para la EEMA a través del procedimiento normal de nombramientos de oficiales. El programa de “Beca de Estudios Avanzados sobre las Artes Operacionales” se estableció (al principio, como una muestra de lo que había hecho para obtener mi título de la Escuela Superior de Guerra) a fin de capacitar a los instructores para llevar a cabo un seminario de la EEMA para mayores. Este programa de beca fue eventualmente extendido de un año a dos años y, a la larga, proporcionó ocho “becarios” en el tercer año del programa. Ha funcionado bastante bien desde entonces.

El cuarto obstáculo fue asegurar que el Ejército asignara a los graduados de la escuela donde el aprendizaje no sólo fuera utilizado sino continuara. La solución fue la asignación de todos los graduados a grupos operacionales que se comprometieran a darles posiciones “calificadoras de especialización” a nivel de mayor, mientras continuaban sus estudios en las operaciones sirviendo en calidad de oficiales de planificación de una división o cuerpo del Ejército. La primera posición aseguraba que el año adicional en el Fuerte Leavenworth no perjudicaría las oportunidades para una promoción por falta de experiencia a nivel de batallón. La segunda cristalizaba el conocimiento teórico y exponía al ex alumno a oficiales generales que eran los mejores estrategas del Ejército. El General Meyer y los jefes de Estado Mayor que le siguieron expresaron en sus cartas personales este deseo de los comandantes de división y de cuerpo a cuyas unidades fueron asignados los egresados. Este uso disciplinado de un nuevo recurso valioso ha sido la verdadera clave del éxito de la EEMA.

De los oficiales superiores que siguieron al General Richardson como comandantes y subcomandantes en el Fuerte Leavenworth, los Generales Merritt, Saint, Vuono y Palmer se convirtieron en los partidarios y formadores más grandes de la EEMA durante el tiempo en que me desempeñé en calidad de director. Sobre todo, la EEMA era, y es, moldeada por su excelente cuerpo docente y becarios. De los profesores que contraté, sólo queda Robert Epstein, un reconocido historiador especialista en campañas militares y arte operacional.

Condiciones indispensables de sobrevivencia

La Escuela de Estudios Militares Avanzados continuará por unos 25 años más si se mantiene adherida a sus raíces. Los desafíos para los que fue diseñada a enfrentar se han hecho más difíciles en nuestro mundo cambiante, donde la novedad e incertidumbre de las misiones son la norma. El arte militar sigue siendo tan inmensamente desafiante como siempre—tanto intelectual como físicamente. Tanto hoy en día como siempre, el conocimiento de sus principios salva vidas y ahorra dinero. Mientras más se entienda el arte militar, más rápido se logrará la victoria. Entender el arte lleva a la capacidad de juzgar y corregir la doctrina, y esa capacidad no estará en demanda si los profesionales superiores del Ejército deciden que es más importante adoctrinar que educar. Por lo menos, algunos de sus sucesores tendrán que estar lo suficientemente arraigados a la teoría operacional para darse cuenta de los efectos atrofiantes del pensamiento doctrinario colectivo. El Ejército está lleno de oficiales doctrinarios porque fue así como fueron educados—se valoriza el pensamiento “convencional” entre los líderes subalternos. El Ejército recompensa a sus oficiales por su habilidad de adherirse a la doctrina. No obstante, nuestro Ejército debe contar con un núcleo de líderes cuya imaginación ha trascendido este modo de pensar.

Siempre se necesitará la imaginación, creatividad y una gran variedad de destrezas especializadas para tomar decisiones en un gran ámbito de circunstancias imaginables—la doctrina no puede satisfacer estas necesidades. Si la EEMA enseñara la doctrina de pensamiento colectivo del último número de la Revisión Trimestral de Defensa (*Quarterly Defense Review*), un ejercicio promovido tanto por los grupos de presión y los compromisos planificados como por el análisis razonado, entonces fracasará en su pretendida misión. Si los actuales conceptos doctrinales del Ejército y de fuerzas conjuntas—productos inertes de la experiencia intelectual del estrato militar más bajo—llegan a ser el estándar pedagógico de la EEMA, el programa no inculcará la capacidad necesaria para juzgar y cuestionar. A fin de

cuentas, fracasará en su intento de lograr su objetivo original de liderazgo creativo y crítica institucional.

El cuerpo docente de la EEMA tiene que usar los valiosos diez meses proporcionados para una “jornada de aprendizaje” muy productiva, examinada a largo plazo en lugar de a corto plazo. La diferencia que existe entre una escuela de postgrado para los civiles y una de capacitación profesional es que, en la que sigue el modelo civil, el cliente es el alumno y en la del modelo profesional, el cliente es la profesión. En ambos casos, el cliente escoge el camino a seguir. La profesión progresista adocina a corto plazo pero educa a largo plazo.

Durante los últimos años de la Guerra Fría, la jornada en la EEMA incluía estudios de casos y teoría de la contrainsurgencia, aunque la siguiente utilización de ese conocimiento no estaba en los planes futuros. En el mismo sentido, la EEMA debe dedicar una parte significativa de la jornada de aprendizaje a las operaciones “convencionales” de gran escala contra otros estados, ya que tales conflictos podrán aparecer en una forma contemporánea. (De ninguna manera serán “tradicionales”). Por ejemplo, la teoría básica para usar la fuerza militar concebida para disuadir, atacar, defender y pacificar, en cualquier escala, no cambiará, pero la tecnología, las condiciones globales y las situaciones locales moldearán los métodos modernos. El entablar, nuevamente, batallas de campañas históricas de una forma nueva y moderna resulta muy educativo. Aplicar la teoría duradera en circunstancias modernas para inventar nuevos métodos y probar su veracidad es instructivo. Por lo tanto, la EEMA necesita calibrarse nuevamente en la base lógica y teórica de las artes operacionales a través de—

- Entender la dinámica de los soldados, los sistemas de armamento en desarrollo y las constantes adaptaciones en las distintas formas de enemigos.
- Preparaciones para operar dentro de una gran diversidad de poblaciones.

- Uso de maneras más modernas de comunicación e interacción.

Esta complejidad confunde los procesos mecánicos que se encuentran en las doctrinas inevitablemente estancadas y crea una urgente necesidad de pensamiento crítico y creativo. No se puede pensar ni criticar, creativamente, sin un entendimiento profundo de la materia que requiere ese tipo de juicio. Las disciplinas académicas que no promueven el entendimiento del arte militar, a pesar de que son importantes, deberían enseñarse en otro lugar. La EEMA necesita centrarse en lo que garantiza la victoria.

Puede ser que el inicio de la EEMA fuera fortuito, pero su desenlace es predecible. La EEMA continuará siempre que los profesionales superiores del Ejército valoren el pensamiento crítico y creativo y la EEMA produzca dichos resultados.

Cualquier contable puede tabular el coste de una empresa, y dicho coste siempre será el problema, pero el verdadero valor de algo no radica en los números. Las operaciones *Just Cause* y *Desert Storm* demostraron el valor de la EEMA para el Ejército; se podía rastrear los resultados directamente a los egresados que lograron resultados tangibles. Aún no hemos visto esa relación en Irak y Afganistán—los nombres a quienes se les atribuye el descubrimiento del camino hacia el éxito en Irak no se encuentran en las listas de ex alumnos de la EEMA. Posiblemente, el programa de estudios de la EEMA fue demasiado débil en áreas pertinentes. Si la EEMA no genera pensadores críticos y creativos, la atención de la fuente de talento será atraída a otras actividades profesionales. El Ejército no cederá su personal más dotado para un segundo año de escuela en el Fuerte Leavenworth si tiene trabajo más importante para ellos en otras partes. Los egresados de la EEMA, los miembros del cuerpo docente y el Ejército que los educó son todos, en general, dignos de felicitar. Pero este no es el momento adecuado para la autosatisfacción. Los egresados de la EEMA tienen que ser los críticos más vigilantes y fervientes de la escuela. **MR**



Genghis Khan (c. 1162-1227)
Una mente libre de restricciones doctrinales.